

III
El sueño y la vida

No sé porqué he pensado en ti
durante días.
Entregado al sueño recorrí de nuevo
tus calles y tu desnudez.
Mi memoria, implacable, no me aparta
de ti.
Hay perdones olvidados en la puerta
ya cerrada. Hay cíclicas canciones
que dicen lo que jamás me atreví
a afirmar. Pero más allá del
espacio y del tiempo, del tedio y la nostalgia,
está tu presencia que huye a cada instante.
Mi loca conciencia descarrilada en el marasmo
del pasar, se empeña en regalarme una
imagen de ti, pero sólo yo sé
que ese miraje se transformará en
verdad cuando rescate en mis entrañas
un fragmento del ayer. Cuando sepa decir
algo más que un adiós.
Nada pasa y nada queda; sólo queda
el polvo sacudido y la mordida mugrienta
en labios de una canción.
Hay olvidos, hay dolor y abandono
y caravanas violentas que cruzan entre
mis sábanas; que se entremezclan en un ayer
y un hoy que no me atrevo a separar, que
no sé diferenciar. Hay cabellos dejados en
un rubio paquetito, que ensortijados y
audaces me ofrecían un ayer.
Pero esas presencias no son.
Despierto.
Estoy solo entre las sábanas.
Pienso y me lleno del día que comienza
y sufro quizás.
Voy, poco a poco, separando consciente de
inconsciente, hoy de ayer, sufrimiento
de nostalgias, ausencias de presencias.
En mi letargo del lento deambular
quisiera saber mucho más y sólo
me resta un saldo de placer.
¿Adónde están las imágenes que conformaban
las calles de mi país?
¿Dónde estás mujer que siempre amé
y siempre perdí?
Aún te busco. Soy terco. No soy sordo.
Sé soñar, pero también sé vivir.

VI

Contaminando mi esencia

Estoy contaminando de recuerdos cada objeto,
cada cosa que toco vuelve a mí poseída de pasado.
Son los mismos árboles de ayer,
la misma playa invernal
que se tiñe hoy con el color de la nostalgia.
Sólo tú lo sabes, mujer amada,
tu oído únicamente atrapa ese ayer lejano.
Hemos pasado por las cosas dejando
la impronta de nuestro ser
grabada en ellas.
Cada lugar de mi cotidiano ambiente
me rememora tu esencia.
No puedo tocar sin sentir.
No puedo pensar sin sufrir.
Quizá deseara borrar de mi conciencia
los trasnochados recuerdos y
volver a escribir en ella -con memorias de hoy-,
nuevas historias de amor,
que seguirían transformándose hasta morir de dolor.
Pero el sufrimiento conduce cada paso de mi vida.
Estoy contaminando de recuerdos el interior de mi alma.
Estoy pensando en ti, estoy muriendo por fin, lentamente, hoy.

XV

Dejando de ser

¿Es el sol, la vida, el universo infinito
que canta su canción de cuna, que arrulla
mis ensueños?
Detenido al borde del camino yo pensaba,
yo pensaba en la inmensidad del hombre,
en su misterio, en su medicina fantástica
que todo quiere resolver,
pero al mismo tiempo lloraba por lo que no
encuentra respuesta ni fin.
¡Oh realidad dolorosa, amargo destino,
pena sin nombre!
Y allá, al final del sendero, la muerte
que aguarda con su hoja de plata,
la muerte que espera...
la muerte que espera y la presa que avanza,
que se arrastra, que se niega...
Acaso, desde el umbral de tu plenitud de mujer
puedas entender mis dolores y mis miedos;
logres quizás adentrarte en mi mundo
y excavando en él reflotes la magia
de una existencia que se niega a morir.

Acaso, embelesada, quieres saber más.
Entonces ven a mí,
recorre de nuevo mi vientre,
mis entrañas
y no hallarás sostén
ni camino que se niegue.
Ven a mí con ansia de ayer,
con plenitud anhelada,
con sed inexistente,
con tantos besos que no diste,
con tu cuerpo estrechado.
Sólo así sentirás latir la muerte
y verás morir la vida...

XVII
Nací de ti

Porque más allá de ti estoy, está mi trascendencia
sola que se vuelca y se levanta,
que se acuesta a veces para sufrir y llorar...
No puedo imaginarte ni como un hoy ni como un ayer,
porque desde mi esencia de tiempo cansado
veo acercarse un pedido y una lágrima.
Me siento yo mismo, porque quizás nací de ti
y me duele mi dolor, me cansa mi hastío,
me asusta mi futuro.
Pasas, vuelves a encontrarte conmigo
y desde mi hastío de periódico matinal,
de Selecciones del Readers, de revistas,
me arrodillo y ruego a Dios el perdón
que nadie me otorgó.
Se lo ruego con lágrimas de odio a veces
y me inclino irreverente ante la materia
inmensa, ante el suplicio de la vida
y la sed de la muerte;
y ahí estás tú, está también la humanidad que
sufre y llora, el mendigo que parece llevar
la pena eterna en la mano extendida y sucia,
en su lodo de tiempos sin fin.
Ahí está el poderoso con su barro también, barro
que huele a perfume de este siglo.
Pensamiento y acción no se compaginan en mí
porque nací de ti y la acción heredada ya no es mía.
Es tuya, toda tuya en mi nobleza y en mi dolor.

XX
Proyección

Vengan todos a escuchar la sonrisa sonora
de una tarde mía, sólo mía.
Yo pensaba cantarle a tus grandes llanuras,
a tu hambre, a tu sed, a tu desesperación
de pueblo herido, a tu orgullo de norte incierto,
a tu fama de don preclaro, pero,
quiero brindarte mi ofrenda de paz,
mi verso herido y silencioso
como paloma flotante del ayer...
Yo quisiera cantarle a tus tardes tranquilas
y serenas, a tu beatitud de estrella,
a tu profecía sin fe,
a tu Iglesia
vacía de esperanza.
Me he mirado muchas veces en las calles tranquilas,
en el lejano volcán, en los paseos ruidosos
de amaneceres lentos;
me he observado y he descubierto mi muerte;
penetré en ti para verme, para sentirme,
para palpar la esencia de esa lejanía misterio,
de esa luz que marca el sendero de tus vías...
En fin, todo en ti ha sido recuerdo y
algo de abandono...
Pude explorar el paisaje de la tierra querida;
arrodillarme y besarla, besarla como
a mujer amada y generosa
que con sus brazos abiertos supo despertar
la emoción dormida, la emoción sudorosa y lenta
del lento placer...
Todo esto quiero contarte hoy, bendita promisión;
deseo olvidar la prostituida imagen
que quiere imponerse en las noches de sed,
que desea amalgamarse en un pensamiento incierto.
Hay algo, sólo algo que vale y que rescato,
que tiene la significación de una promesa,
que a veces parece amenaza pero que llega
con la restituida imagen de tu ser.
¡Paisaje hermoso del valle y la montaña!
Yo soy parte de ti y viviré en ti
para no pensar que quiero morir también...

XXI

Junto a la soledad

Ya me estoy acostumbrando a ti, altanera
y llena de sombras.
Cuando oigo acercarse tu paso silencioso
te odio más que nunca, soledad.
Sentirse solo es proyectarse uno mismo
en todo lo que no pudo ser.
Sentirse solo es verse cada mañana
más viejo y enfermo;
comprender que apenas si la vida nos presta

un poco de su ser.
Cantar sin que nadie escuche;
amar sin respuesta limitante;
sentir en la raíz de nuestra carne de hombre
cómo muere a cada instante
el pensamiento que ayer parecía eterno.
Vivir la eternidad en un momento
y creernos, soledad, los únicos
hijos del olvido penitente.
Pasear nuestra melancólica proyección
ante un televisor aburridamente encendido,
volar por un instante para caer de nuevo
en tus brazos de mujer implacable.
Porque tu sombra me dice cada mañana
que eres mujer,
más hembra que la posesión misma.
Te veo prolongarte en mí y sufro mucho.
Quizás mentí,
yo no estoy acostumbrado a tu ser,
sólo siento tu presencia y no puedo dejar de pensar.
A veces una palabra puede ser suficiente
para caer de nuevo en tus brazos;
un adiós, un grito
reprimido por el cansancio,
un mea culpa martirizado y tenue.
Soledad de otoño en primavera,
búsqueda sin fronteras y sin luz,
billete mal gastado de mil pesos,
horizonte de arrebolado fulgor
que en las tardes de mi ensueño
trae la noche y nada más...
Todo eso es mío
y tuyo también;
nos pertenece como prenda sucia
que se arroja irreverente
y que al borde del camino
el mendigo ha de recoger
para saciar en ella
su lúgubre
conciencia
de ansiedad.

XXIV

Súplica sin fin

Está lloviendo lentamente en mis pupilas sin fin;
las ciudades no son coloquios de perros
desatados ni investiduras de amantes
por doquier;
tú eres más que un pensamiento y menos que

una mujer...
Yo te he visto venir en tantas noches,
he sentido tu presencia y aplaudido
tu fiebre atrevida de vivir.
Está lloviendo aunque las ciudades no son
coloquios de perros.
Está lloviendo lentamente...
Quédate, quédate a mi lado, amor inmenso...
Tengo para ti tantos sueños, tantas imágenes
confusas: Molière ríe mientras pasa la carroza;
Héctor aplaude al sanguinario amante de Patroclo;
Helena retorna para amar inmensamente...
Quédate a mi lado para ver mis pupilas infinitas...
¿No ves que no lloro a pesar de la inminencia
del adiós? Está lloviendo, está lloviendo
y yo no lloro... no lloro.
Quédate aunque sólo sea un momento.
Bésame con la complicidad del amante.
Está lloviendo lentamente... No te vayas hoy...

XXVIII

Estoy poetizando el momento

Estoy poetizando el momento fugaz del pensamiento;
estoy poetizando...
La noche se ofrece en todo lo magnífico,
la música resuena,
las aves callan,
el poeta apaga su lámpara de azufre;
yo me entrego a la tarea imposible
de recrear la vida y de contemplar
la existencia en el minuto...
Minuto fugaz de inconstante realizar,
instante supremo de la fe,
complementación genuina de tantos adioses...
Estoy poetizando, estoy entregado
a la vida de ayer para no aceptar
las promesas ni las inconsistencias.
Estoy jalándote de los cabellos, poesía;
te estoy corriendo de mi lado poco a poco;
te estoy hundiendo en el olvido
porque asocias en ti tanto loco pensamiento.
Estoy poetizando el momento supremo del adiós
mientras sufro por los no-olvidos,
por las lágrimas derramadas en las sábanas
sucias de placer,
por el placer sucio de aquel verano,
por las noches sin fin...
Por todo, estoy poetizando,
estoy poetizando el pensamiento de vivir,
estoy poetizando la desdicha de morir,
el milagro de la soledad, la contradicción
del dolor, la amargura de aquel instante,

la traición, el intento de los hombres...
todo lo estoy poetizando...
Estoy poetizando mi fiebre, mis anhelos,
mis palabras vacías de esperanza,
mis odios, mis desdenes...
También estoy poetizando la vida sin dolor,
la dicha de respirar, el momento de saber
lo que somos y de negar la inmundicia de
existir... Al minuto eterno de la felicidad,
a las piernas que se alzan, a la longitud del
placer, a la nieve de la seguridad,
al trabajo, al creador, al sacerdote de fe,
los estoy poetizando en el adiós...
los estoy desangrando en cada verso,
estoy muriendo con ellos a cada minuto...
Estoy poetizando...
Estoy poetizando...
No apagues la luz ni hagas ruido en el sordo
lamento universal...
Estoy poetizando a aquel adiós.
Yo sé cantar sin gemido, poesía...
¿Tú sabes poetizar aunque los hombres
no guarden silencio?...
Yo estoy poetizando el pensamiento imposible
de volver...

XXXIII

Observo...

No sé lo que me pasa en esta noche de mi vida;
enhebrando versos me encuentras otra vez, noche profunda;
encantando recuerdos y revisando porvenires...
No sé lo que me pasa cuando estoy en tus brazos
y cuando acaricio tu cuerpo;
parece que no soy yo mismo
y enlazando anhelos me enredo y caigo;
caer en la vida y desesperar por todo lo que tenemos
apenas comenzado...
¡Apenas comenzado! Tengo miedo de no estar acá,
tengo miedo de haber muerto hace ya mucho tiempo...
tengo miedo porque no me avisaron
que las noches ahora son de diamantes
y las máquinas no gritan su decimonónico terror...
Puntos desconocidos de una vida e interrogantes de placer.
De pronto me veo en una florería llenando tarjetas,
mintiendo mentiras,
escupiendo adioses,
malogrando papel...
Infidel en la infidelidad misma,
sofocado en la propia verdad,
maldito en el pasar de cada instante.
De pronto me veo en esa cama de espinas,
en ese colchón sin nombre.

Tu placer es el mío, tu sexo también.
Te penetro, pero no encuentro nada;
tu cuerpo se sacude y no sé que más pasa;
no sé porqué mi poesía habla de tus convulsiones violentas,
de tus deseos ocultos,
de tus adioses...
Enhebrando versos me encontrarás tantas noches,
palideciendo ensueños...
Me preguntarás si aún te amo y yo te diré que sí;
nunca pude mentir ante esta pregunta...
¿Mentir? No conozco el valor de esta palabra.
No sé quién eres ;mentira! Eres de todos.
No es cierto que sólo los leguleyos la practican
y la hacen su religión.
Algún día te contaré de la gran mentira de vivir.
Destrozaré versos para que entiendas
cuánta pasión hubo en mis recuerdos.
Pero, no te detengas;
ven a mí en esta noche venérea, sacude tu cuerpo
y luego vete a dormir
en el sueño de la mentira eterna de nuestro amor.

XLIV

Si simplemente unos versos...

He recorrido cada milímetro de tu cuerpo
con el pensamiento.
Te he poseído en el laberinto de la memoria,
lentamente, como si fueras coito infinito en el
banquete de los dioses.
Me he apoderado de tu morada esencial para tratar
de descubrir en ti la superficialidad trascendente de
la vida.
Todo lo hecho contigo vive en mí plácidamente.
Te acercas ahora y derramas en mi pensamiento
el instante momentáneo, pero eterno...
Son tus suaves colinas como letargo que invita
al pobre caminante. Son tus desdenes como limpia
corteza del ayer que apoderándose ellos de mí
sustentaron la enfermedad de la vida hasta la muerte.
En fin, estoy empezando a sospechar que el mal de la existencia
comenzó en el momento de amar el imposible.
Estoy reflexionando sobre los instantes que llenaron
de dicha mis pensamientos; que llegaron a sublevarse
en los recónditos confines de mi vida para concluir
tan sólo con un nombre que se hace infinito, que se
abraza a mí tranquilamente mientras tu cuerpo es recorrido
por otros brazos del ayer.